

CARTAS PASTORALES
DE MONSEÑOR
MIGUEL ÁNGEL BUILLES



+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Pinar del Río

CONTENIDO

Introducción	4
Discurso de posesión (1924)	5
Saludo en la toma de posesión de la diócesis (1924)	5
Carta pastoral N.º 1: El episcopado (1924).....	11
Carta pastoral N.º 2: La apostasía (1925)	25
Carta pastoral N.º 3: El orgullo (1925)	20
Carta pastoral N.º 4: El socialismo (1926)	32
Carta pastoral N.º 5: El Congreso Eucarístico de Chicago (1926)	38
Carta pastoral N.º 6: Jesucristo Rey (1926)	46
Carta pastoral N.º 7: El laicismo (1927)	52
Carta pastoral N.º 8: Las misiones (1928)	58
Carta pastoral N.º 9: Los peligros del progreso (1924)	64
Carta pastoral N.º 10: Jubileo sacerdotal y visita <i>Ad Limina</i> (1929)	69
Carta pastoral N.º 11: Roma, Tierra Santa, Colombia (1929)	76
Carta pastoral N.º 12: La predicación (1930)	79
Carta pastoral N.º 13: El amor de Dios y del prójimo (1931)	87
Carta pastoral N.º 14: El liberalismo (1931)	91
Carta pastoral N.º 15: La rebelión - La inmoralidad (1932)	111
Carta pastoral N.º 16: Las campañas contra Dios y la Iglesia (1933)	115
Carta pastoral N.º 17: Jesucristo (1934)	130
Carta pastoral N.º 18: La embriaguez (1935)	138
Carta pastoral N.º 19: Los atentados de la masonería (1936)	146
Carta pastoral N.º 20: El evangelio y la masonería (1937)	160
Carta pastoral N.º 21: El comunismo (1938)	169
Carta pastoral N.º 22: Los carnavales (1938)	179
Carta pastoral N.º 23: Los carnavales 1939)	184
Carta pastoral N.º 24: El sacerdote (1939)	186
Carta pastoral N.º 25: Naturalismo reinante (1940)	192
Carta pastoral N.º 26: Cristo es todo (1941)	203
Carta pastoral N.º 27: La santísima Virgen María (1942)	213
Carta pastoral N.º 28: La masonería en acción (1943)	229
Carta pastoral N.º 29: El rotarismo en acción (1943)	246

Carta pastoral N.º 30:	El neopaganismo (1944)	266
Carta pastoral N.º 31:	La Iglesia y el comunismo (1944)	276
Carta pastoral N.º 32:	La educación cristiana (1945)	297
Carta pastoral N.º 33:	Algunos errores de nuestro tiempo (1945)	320
Carta pastoral N.º 34:	Deberes de los electores (1946)	326
Carta pastoral N.º 35:	Males actuales del mundo y de Colombia (1947) . . .	330
Carta pastoral N.º 36:	El protestantismo (1948)	346
Carta pastoral N.º 37:	El verdadero autor de la hecatombe del nueve de abril (1948)	389
Carta pastoral N.º 38:	El juramento católico (1948)	396
Carta pastoral N.º 39:	El liberalismo en acción (1949)	404
Carta pastoral N.º 40:	La batalla de la Iglesia (1949)	450
Carta pastoral N.º 41:	Mensajes de la santísima Virgen al mundo (1950) . .	461
Carta pastoral N.º 42:	Nuestros sacerdotes mártires (1951)	481
Carta pastoral N.º 43:	Neopaganismo, corrupción y sangre (1952)	498
Carta pastoral N.º 44:	La corrupción avanza (1953)	515
Carta pastoral N.º 45:	La Inmaculada Concepción (1954)	527
Carta pastoral N.º 46:	Doctrina católica sobre el sindicalismo (1954)	533
Carta pastoral N.º 47:	Exhortación pastoral sobre el descanso dominical (1955)	543
Carta pastoral N.º 48:	El azote del alcoholismo (1956)	548
Carta pastoral N.º 49:	La autoridad (1957)	559
Carta pastoral N.º 50:	La tragedia del alcohol (1959)	570
Carta pastoral N.º 51:	Hacia el abismo (1959)	583
Carta pastoral N.º 52:	Sobre el cuarto mandamiento (1960)	614
Carta pastoral N.º 53:	El antidecálogo (1961)	644
Carta pastoral N.º 54:	En la vorágine (1962)	657
Carta pastoral N.º 55:	Los concilios ecuménicos (1963)	683
Carta pastoral N.º 56:	Las modas (1963)	723
Carta pastoral N.º 57:	El pudor de la mujer (1964)	740
Carta pastoral N.º 58:	Colombia en el caos por la masonería y el comunismo (1965)	746
Carta pastoral N.º 59:	Resumen del Concilio Vaticano II (1965)	803
Carta pastoral N.º 60:	Sobre el marxismo, o sea, sobre el comunismo (1967)	829



CARTAS PASTORALES DE MONSEÑOR MIGUEL ÁNGEL BUILES

Nacimiento: 9 de septiembre de 1888, en Donmatías (Antioquia)
Fallecimiento: 29 de septiembre de 1971, en Medellín (Antioquia)
Ordenación sacerdotal: 29 de noviembre de 1914
Ordenación episcopal: 3 de agosto de 1924

Segundo Obispo de la diócesis de Santa Rosa de Osos durante 47 años. Fue llamado el “obispo misionero de Colombia”. Se destacó por tener un espíritu apostólico. Fundó tres comunidades religiosas: Misioneros de Yarumal, Hermanas Misioneras de Santa Teresita e Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias.

Introducción

Durante el siglo XX, el mundo occidental se vio invadido por la idea del “progreso y la modernidad”, con todos sus valores y antivalores. Frente a esta situación, la Iglesia católica siempre estuvo vigilante para proteger a los fieles. En Colombia hubo muchos obispos que combatieron, desde el púlpito, los medios de comunicación y sus escritos, para defender los derechos de Dios y el reinado de Jesucristo en las almas y en la sociedad. Uno de estos buenos pastores fue monseñor Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos (Antioquia), de 1924 a 1967, quien causó polémica en su tiempo por su manera de defender los derechos de Dios y de su Iglesia.

En sus escritos, bien documentados, con un espíritu católico evidente, advirtió y defendió a su rebaño sobre las consecuencias malignas de los cambios mal orientados, de los cuales hoy sufrimos las consecuencias. El mundo ha cambiado y continúa su carrera vertiginosa hacia el abismo, cuando se aprueban indiscriminadamente males sociales como el aborto, la eutanasia, el divorcio, la ideología de género, la zoofilia, la proliferación de sectas que desestabilizan las creencias y siembran confusión en las actuales generaciones, y la ideología comunista, entre otros.

Monseñor Builes fue un valiente profeta, porque denunció, desde hace casi un siglo, la apostasía actual, que aleja al hombre de su Creador. Para ello elaboró y desarrolló una respuesta contundente en más de 60 pastorales, con cuyo mensaje buscaba orientar a su pueblo y advertirle de los peligros de la invasión de lobos disfrazados con piel de oveja, que desvían el alma humana de su primer amor, que es Dios. Aquí le compartimos las pastorales de este obispo misionero colombiano, quien, por espacio de aproximadamente cincuenta años, sembró la semilla fecunda de una fe firme, comprometida y generosa. Sobre todo, fue un defensor de la santa religión católica, apostólica y romana. Nos dejó para estos tiempos de apostasía un inmenso compendio de doctrina católica, que vale la pena rescatar, para que nos sirva de luz en estos días de oscuridad espiritual.

A continuación, lo invitamos a leer y meditar el contenido sus cartas pastorales, en las que se refleja su celo pastoral por la salvación de las almas y su espíritu profético sobre la situación de Colombia.

DISCURSO DE POSESIÓN

- El papa Pío XI nombró a monseñor Miguel Ángeles Builes obispo de la Diócesis de Santa Rosa de Osos, Antioquia, en 1924. Desempeñó este cargo hasta 1967, poco después de clausurado el Concilio Vaticano II. Fue el segundo obispo de esta diócesis, creada por Benedicto XV.
- En su discurso de posesión, monseñor Builes anunció su programa misionero y de evangelización de todo su territorio, con el objetivo de defender los derechos de la Iglesia católica frente a los enemigos de la religión, que en ese momento avanzaban a pasos agigantados en Colombia. Cumplió este cometido hasta la entrega de su cargo a monseñor Félix María Torres Parra.

22 de octubre de 1924

SALUDO EN LA TOMA DE POSESIÓN DE LA DIÓCESIS

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

Al venerable clero y a los fieles.

Reverendísimo señor vicario¹:

Al recibir en mis manos en este momento solemne el tesoro preciosísimo que con tanto celo y sabiduría habéis guardado, cábeme la honra de ensalzar vuestra benéfica labor y el orgullo de contaros entre mis auxiliares más conspicuos, gracias a vuestras eximias virtudes sacerdotales y a las luces de vuestra clara inteligencia y de vuestra probada experiencia. Y al daros las más rendidas gracias por todos los bienes que habéis hecho a la Diócesis de Santa Rosa durante el tiempo de su orfandad, quiero dejar constancia también de mis sentimientos de profunda gratitud por las amables frases con que habéis ensalzado a este humilde ministro del Altísimo, alabanzas que declino totalmente en el Corazón divino de Jesús, por cuanto no hice otra cosa durante mi vida sacerdotal que aquello que me imponía la voluntad adorable del Señor.

Mas por cuanto habéis hablado en nombre de la Diócesis, permitid, reverendísimo señor, que mi alma de padre y de pastor se dirija a todos sus hijos y corresponda de alguna manera a las manifestaciones de santo entusiasmo, de intensa alegría y de sincera adhesión con que en este día tan grande han honrado a su nuevo obispo. Y no hablo a la ciudad capital no más: hablo a mi Diócesis entera, representada por los sacerdotes y fieles de los distintos lugares; hablo a las autoridades eclesiásticas y civiles y al dignísimo representante del gobierno departamental, que nos honra hoy con su presencia y que es garantía de la unión íntima de la Iglesia y el Estado, y prueba del amor ardiente que inflama nuestros corazones hacia la religión y la patria; hablo, en fin, a todos y a cada uno de mis amados diocesanos, y quiero que en las alas de los vientos vayan, desde la altiplanicie hasta los últimos confines de esta Diócesis querida, mis expresiones de reconocimiento y mi saludo paternal.

¹ / R. P. Pedro A. Roldán, vicario capitular.

Cuando nuestro Señor vino al mundo, su primer acto fue la aceptación de la divina voluntad: *Ecce venio; in capite libri scriptum est de me ut faciam, deus, voluntatem tuam* ("¡Aquí estoy, dispuesto –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!" [Hebreos 10, 7]). Quiero yo también, hermanos míos, hacer la voluntad de mi Dios; y, al recibir sobre mis hombros el cargo de esta Diócesis, he de exclamar rendido ante el querer divino: *Ecce venio... ut faciam, deus, voluntatem tuam*. Heme aquí, Señor, que he venido a cumplir tu divina voluntad.

Alejado en mis selvas milenarias tenía puesto todo mi gozo en conquistar almas para Jesús; pero el Señor, en su infinita bondad, quiso sacarme de mi amada comarca de misiones y, llevándome de la mano hasta los pies del representante del soberano Pontífice en la capital de la República, hizo verter el óleo santo sobre mi cabeza, y ungió de nuevo mis manos; vistió mis sienes con esta coraza, puso en mis manos el cayado del pastor y en mi dedo el anillo pastoral, símbolo de la unión entre mi alma episcopal y vosotros, carísimos hermanos, que por designios de Dios llegáis a ser hoy mi esposa mística, a quien consagro desde este momento todo mi amor, toda mi vida y todas las energías de mi alma.

Vedme pues aquí: Jesús me ha enviado a vosotros como padre, como maestro y como pastor de vuestras almas. Vosotros sois, por voluntad de nuestro Señor, mis hijos, mis discípulos, mis ovejas muy amadas. Reflexionemos unos instantes sobre estos cargos sublimes.

– I –

Dios nuestro Señor se ha dignado comunicarme respecto de vosotros la primera prerrogativa que Él posee desde la eternidad, y me ha dado su propio nombre: la prerrogativa de paternidad y el nombre suavísimo de padre.

Aquel Padre omnipotente que conocemos engendrando desde la eternidad a su Hijo unigénito y a quien invocamos todos los días y a todas las horas con las dulces palabras que el mismo nuestro Señor puso en nuestros labios: "Padre nuestro que estás en los cielos"; aquel Padre omnipotente que contiene en sí la fuente de toda paternidad según expresión de san Pablo: *Ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur* ("De quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra" [Efesios 3, 15]); aquel Padre omnipotente, con una sola palabra crea los mundos y comunica a los seres vivos su misteriosa potencia generadora y los gobierna con su inefable sabiduría, se ha dignado elevarme a la cumbre de la paternidad espiritual, la más grande que pueda recibir un hombre sobre la tierra y que llena de estupor a los espíritus angélicos. Más que los reyes de la tierra que rigen y dominan a los imperios con el esplendor de su poder y autoridad; más que los padres de familia que dan a sus hijos la vida natural, el obispo, con el dulce imperio de la caridad y con la misteriosa fecundidad que Dios le ha comunicado, engendra, igual que todo sacerdote a Jesucristo en el altar y en las almas, la vida sobrenatural; pero más que los simples sacerdotes, por la participación maravillosa de la paternidad divina, engendra a los sacerdotes mismos.

Sí, hermanos carísimos: ser padre es dar la vida; y yo, en nombre de Dios, vengo a daros la vida misma de Dios, la vida sobrenatural de la gracia; y, como una madre llena de ternura, vengo a sosteneros en esa misma vida a los que ya la poseéis, para que no la perdáis jamás. He dicho **como una madre**, porque, si como padre siento en mi ser la potencia generadora

que Dios me ha comunicado mediante la consagración episcopal, como madre arde en mi pecho una hoguera, que jamás había sentido, el fuego del amor materno hacia vosotros y que después del amor divino no tiene otro alguno superior ni en el cielo ni en la tierra. De tal manera, hermanos carísimos, que, si Dios no ha hecho nada en este mundo tan bello, tan fecundo, tan rico y tan delicado como el corazón de una madre, esa belleza, esa fecundidad, esa riqueza y esa suavidad las ha depositado en mi alma el día de mi consagración episcopal.

Hoy siento latir mi corazón al impulso de ese fuego sagrado hacia todos vosotros, carísimos hijos, pero especialmente hacia esta porción escogida que, vestida de blanco, semeja un ramillete que perfuma y hermosea las gradas del santuario, mis levitas y sacerdotes, para quienes, como obispo, soy una madre llena de amor y de ternura. ¿Y por qué, hermanos míos? ¿Por qué? Porque, si la mayor excelencia del obispo proviene de esa potencia generadora que solo Dios posee de hacer sacerdotes, por lo mismo, en las profundidades de mi alma episcopal, hay efluvios de amor y de cariño que a los sacerdotes especialmente corresponden, los efluvios del amor y del cariño maternal.

- II -

Soy, pues, vuestro padre, hermanos míos; pero por lo mismo que el padre es por imposición misma de la naturaleza maestro y guía de sus hijos, heme aquí como doctor y guía de vuestras almas. La misión que el cielo me ha confiado a este respecto es muy sublime: enseñaros a conocer y a amar a Dios, vuestro principio y vuestro fin; enseñaros a conocer la verdad que es Dios mismo y los deberes que os obligan para con Él; enseñaros a ser felices en el tiempo y en la eternidad.

El mandato de N. S. antes de subir al cielo: "Id y enseñad" (cf. Mateo 28, 19) fue dado principalmente a los apóstoles y a sus sucesores, que son los obispos. Yo, en el día de mi consagración, oí otra vez esas palabras, las que penetraron hasta el fondo de mi alma con extraordinaria intensidad: *Praedicate evangelium omni creaturae* ("Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" [Marccos 16, 15]).

Sí, hermanos míos, vengo como maestro a enseñaros la verdad. No las verdades del orden meramente natural y de las ciencias que en este siglo XX brillan con destellos increíbles de progreso, no; de esas hablarán los sabios, quienes podrán penetrar en las profundidades del espíritu y de la materia, arrancarles sus secretos y asombrar al mundo con sus descubrimientos. La verdad que yo os enseñaré es la verdad revelada, la palabra de Dios; esa verdad que está allá arriba, mucho más alto que las nubes, mucho más alto que el azul del cielo, en el seno mismo de la divinidad, en la esencia misma de Dios, y que hemos conocido por la comunicaciones de Dios a nuestros padres, primero, y por los labios del mismo Hijo de Dios, después; esa verdad que se contiene en compendio en la doctrina cristiana; esa verdad que derrama destellos de luz inextinguible sobre la divinidad misma y sus infinitas perfecciones, sobre las operaciones íntimas de Dios, sobre el plan admirable de la Providencia, sobre las obras de la creación material, sobre los deberes de la criatura para con el Creador, sobre los ángeles y su naturaleza, sobre el hombre y su origen, su caída y su reparación, sobre la acción amorosa del Verbo eterno que se encarna y se hace nuestro hermano para redimirnos, sobre el amor de un Dios que mora con los hombres oculto en un sagrario, sobre la gloria que nos espera pasado el combate de la vida.

Pero, si vengo como maestro a enseñaros la verdad, es preciso que, para cumplir este cargo, os señale también el error. Los días que alcanzamos son de confusión de ideas en los espíritus y de revuelta de sentimientos en los corazones. Una nube oscura cargada de tempestad se cierne sobre la Barca de Pedro, que es la Iglesia de Cristo, y amenaza hundirla en las lobregueces de este océano de pasiones en que se agita el mundo. El obispo, a manera de faro luminoso, debe derramar sus destellos señalando vuestra fe, vuestra religiosidad y la vida divina de vuestras almas. Sí, hermanos carísimos, el infierno está agitado en esta hora de tinieblas, y dispersos por el mundo los espíritus infernales buscan desesperados almas que devorar.

Fijad los ojos en vuestro obispo y seguid el derrotero que os señale para que os veáis libre de los errores, las sectas y la herejía de estos días malos.

Si vengo como maestro a enseñaros la verdad para que la abracéis y a señalaros el error para que lo evitéis, preciso es que os enseñe también a practicar cuanto el Señor me ha mandado: *Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis* ("Enseñándoos a guardar todo lo que yo os he mandado" [Mateo 28, 20]). Sus mandamientos, su Ley, todo lo cual se resume en estas palabras: *Amar a Dios*. Sí, hermanos carísimos, a eso he venido, a enseñaros a amar a Dios guardando sus mandamientos: Jesús, nuestro Dios y nuestro amor es amado de muy pocos en el mundo. Él vino del cielo a la tierra a prender el fuego divino de su amor en los corazones y no quiere sino que todos ardan, que se inflamen, que se consuman; pero son tantos los que se alejan de Él y viven en la indiferencia, son tantos los que le odian y le blasfeman, que mi alma se ha sentido profundamente herida de pena y de dolor, y pensando en vosotros carísimos hermanos míos, y en mí, como vuestro obispo, he exclamado dirigiéndome a ese Dios de amor: Dios mío, henos aquí al Padre y a sus hijos, al pastor y a las ovejas; queremos amaros por los que os odian, queremos ser hostias vivas, ofrecidas como holocausto en reparación de las blasfemias con que públicamente se os injuria; queremos resarciros de la ingratitud y el olvido de que nos hemos hecho culpables nosotros mismos y la humanidad entera. Cumpliendo vuestra santa Ley y conformando nuestra voluntad a la vuestra queremos mostraros cuánto os amamos.

– III –

Vengo, en fin, como vuestro pastor. En una hermosísima parábola, nuestro divino Redentor se comparó al pastor y a nosotros nos llamó sus ovejas. "Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí" (Juan 10, 14). También yo, enviado por el Pastor divino, vengo en su nombre en medio de vosotros a quienes Él me ha confiado como mis ovejas muy amadas. Y si el oficio del buen pastor es conocer sus ovejas, darles pastos suaves, llevarlas a las fuentes de agua cristalina y pura, librarlas de todo peligro especialmente de los ataques del lobo y, en fin, dar la vida por ellas, ¿qué he de hacer yo como pastor con vosotras, mis ovejas queridas? ¿Qué he de hacer? Pues, sencillamente, lo que el divino Pastor me ha enseñado con su ejemplo: Conoceréis y hacer que me conozcáis. Afortunadamente he nacido en esta misma Diócesis. En ella he pasado mi niñez y mi juventud, y diez años de ministerio que el Señor se ha dignado concederme los he consagrado a los hijos de mi Diócesis y, ¡oh fortuna!, precisamente a aquellos que están más lejos de la vista del pastor y por lo mismo en mayores peligros de sucumbir bajo las garras del lobo infernal. Y, si es verdad que me faltan muchas de mis ovejas

por conocer, contad con que todas las luces de mi inteligencia y todas las energías de mi corazón de pastor se emplearán en ello esforzadamente, para vuestra dicha temporal y eterna y para la gloria del invisible Pastor de nuestras almas.

Todas esas luces y esas energías las emplearé, igualmente, en procuraros pastos sanos y suculentos para que tengáis vida espiritual robusta y labréis una muy hermosa y brillante corona de méritos para el cielo. Esos pastos sanos y suculentos los hallaréis en las verdades de la fe y en los principios de la moral que os daré a conocer por la predicación constante, mediante la ayuda de mis amados sacerdotes y por mis cartas pastorales; esos pastos los hallaréis en los santos sacramentos que buscaréis con ansia y que os procuraremos con afán y santo empeño; esos pastos los hallaréis de preferencia en el sacramento augusto de nuestros altares, en donde os espera todas las mañanas aquel dulcísimo Jesús que dijo: *venite comedite panem meum et bibite vinum quod miscui vobis* ("Venid a compartir mi comida y a beber el vino que he mezclado" [Proverbios 9, 5]). *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo* ("El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él" [Juan 6, 56]). *Qui manducat me et ipse vivet propter me* ("El que me coma vivirá por mí" [Juan 6, 57]). *Qui manducat hunc panem vivet in aeternum* ("El que coma este pan vivirá para siempre" [Juan 6, 57]).

Allí, hermanos míos, allí en el sagrario, está nuestro alimento principal, la eucaristía, que es como la suma y el compendio de todos los alimentos que pueda ambicionar nuestra alma hambrienta, pues en Jesús sacramentado está contenido todo. *Nonnecum ipso omnia nobis donavit* ¿Acaso consigo no nos ha dado todo? Él es el pan de vida, el vino que engendra vírgenes y que hace santos; Él es el camino, la verdad y la vida; Él es la fuente de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

El buen pastor lleva también sus ovejas a las fuentes de aguas puras, para que en ellas apaguen su sed. ¿A dónde, a dónde os llevaré yo a vosotros, carísimos hermanos, a buscar esas fuentes de salud, esas aguas cristalinas que saltan hasta la vida eterna? Allí, al Corazón Divino de Jesús, abierto por la lanza del soldado y que está manando agua y sangre; allí, a las aberturas de los clavos en sus pies y en sus manos adorables que manan raudales de sangre redentora; allí, allí al sagrario, a cuyas puertas, como en el brocal del pozo de Jacob, todos vosotros, al igual de la afortunada mujer Samaritana, oiréis de labios del dulcísimo Jesús estas palabras que me apresuro a deciros en su nombre: "El que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás, pues el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna" (Juan 4, 14).

Más no me contentaré con conoceros, alimentaros y refrigeraros. Si el buen pastor guarda además sus ovejas de todo peligro, especialmente de los ataques del lobo, su natural enemigo, yo como vuestro pastor vengo también a cuidaros del lobo infernal que rodea el aprisco, muestra sus garras y sus dientes amenazantes y lanza alaridos feroces. Es aquel adversario vuestro que, como león rugiente, os circunda buscando a quién devorar y al cual es preciso resistir con fortaleza en la fe, como nos lo recuerda san Pedro: *Qui resistite fortes in fide* ("Resistidle firmes en la fe" (1 Pedro 5, 9) Es el mundo maldecido por Cristo, con sus escándalos, sus errores que amenazan vuestra fe en este siglo fatal en que nos tocó vivir, siglo de luces fatuas que pretenden apagar la luz indeficiente de la revelación. Pues bien, hermanos míos, en contra de Satanás, en contra del mundo, en contra del vicio y en contra del error me veréis siempre en la lucha esforzada, para que ninguno de vosotros vaya a sucumbir y para que seáis todos vosotros ovejas de mi redil en el tiempo, y mi gloria y mi corona en la eternidad.

Bien sé que mi afán por vuestro bien habrá de atraerme penalidades y amarguras sin cuento. Pero ¿dejaré de cuidar mi rebaño por miedo al dolor? ¿Acaso el buen pastor no está listo aun a morir si es preciso por sus ovejas? Lo ha dicho nuestro Señor en el santo Evangelio: "El buen pastor da su vida por las ovejas" (Juan 10, 11). Sí, hermanos carísimos, no soy mercenario, soy vuestro pastor y, como buen pastor, estoy pronto a dar mi vida por vosotros. Jesús, el Pastor divino de nuestras almas, para librarnos de la muerte eterna, dio su vida en la cruz por sus ovejas; los apóstoles, primeros pastores de la Iglesia, rindieron su vida en el martirio por sus ovejas. Y yo, que he recibido el cargo de pastor de esta querida grey, estoy listo a ir con nuestro Señor y como los apóstoles hasta la cruz y hasta el martirio por vosotros, por vuestra salvación, por vuestra dicha eterna. Por lo cual viviré y me sacrificaré por vuestras almas. *Libentissime impendar et superimpendar ipse pro animabus vestris* ("Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré por vosotros" (2 Corintios 12, 15). *In crucem et in mortem ire.*

Mas, si yo soy vuestro padre, vuestro maestro y vuestro pastor, espero confiadamente hallar en vosotros hijos muy sumisos, discípulos muy adictos, ovejas muy dóciles. Lo que tenéis que hacer como hijos, como discípulos y como ovejas no tengo que recordároslo en este momento, pues veo con honda complacencia que cumplís estos deberes al presentarme tan lujosas manifestaciones de amor filial, de religiosidad y de santa alegría en este gran día de mi posesión. Yo sé, para consuelo mío, que mis sacerdotes y levitas tienen un alma grande y generosa, enamorada de Dios, celosa de su gloria y del bien de las almas. Motivo de grande alegría es, igualmente, para mí el ver tantas vírgenes consagradas a Dios en esta Diócesis, tantas comuniones diarias y, en general, tanta piedad, merced a los esfuerzos tesoneros de mis amados sacerdotes, todo lo cual abre ante mis ojos un inmenso campo de risueñas esperanzas para mi episcopado, porque veo tantos hijos buenos, tantos discípulos sumisos, tantas ovejas dóciles y buenas. Seguid por esa ruta que es la de la felicidad. En cuanto a mí, vedme aquí todos a vuestro servicio. No he venido como soberano ni como dominador; he venido como vuestro siervo a fin de haceros felices en el tiempo y en la eternidad.

En el nombre de Jesús sacramentado, el amor de mis amores; en el nombre de María santísima, Madre de Dios y Madre nuestra muy amada, y bajo la protección y amparo de san Miguel arcángel, santo de mi nombre, de Santa Rosa de Lima, patrona de la Diócesis y sor Teresita del Niño Jesús, patrona de las misiones diocesanas, arrojaré la red. dígnese el altísimo bendecir mi Diócesis representada por los que estáis aquí presentes.

Descienda ahora sobre vosotros, llena de los dones del cielo, mi primera bendición: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.